

DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
1 de abril de 2012
Mc 14, 1 - 15, 47

Son impactantes, queridos hermanos y hermanas, las palabras del *centurión* pagano que nos transmite el evangelista al final del relato de la pasión. El centurión, que estaba de pie ante Jesús, al ver cómo había expirado, dijo: "*Realmente este hombre era Hijo de Dios*. El *Sumo sacerdote*, en el interrogatorio que, durante la noche, le había hecho rodeado de *los sumos sacerdotes y los letrados y los ancianos*, había preguntado a Jesús si era *el Mesías, el hijo de Dios bendito*. Esta manera de hablar, dado que los judíos no dicen el Nombre Santo, equivalía a preguntarle si era el Hijo de Dios. Y Jesús, que había callado hasta ese momento, reconoce su identidad ante la máxima autoridad religiosa. Pero los del *sanedrín* no lo creyeron; consideraron que decía una *blasfemia* y *lo declararon reo de muerte*. Las autoridades religiosas no saben -o no quieren- darse cuenta de quién es el preso que tienen delante ni de la obra que ha hecho a favor de los demás.

En cambio, un pagano quedó fuertemente impresionado por la manera *cómo había expirado* Jesús. Impactado por las palabras: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* y por el *fuerte grito* que dio antes de expirar, el centurión descubre la verdad de Jesús y expresa su fe en el Crucificado, *este hombre era Hijo de Dios*. No ha ser fácil decirlo ante un hombre clavado en cruz, exhausto, ensangrentado, que muere gritando que se siente abandonado de Dios. A pesar de esta percepción externa, el centurión sabe penetrar en profundidad el significado de lo que ha visto y oído y expresa en una frase lo que es la síntesis y el núcleo de todo el Evangelio según san Marcos. Es una proclamación que engloba toda la narración evangélica, desde el momento que ya las primeras palabras del inicio de este evangelio hablan de *la Buena Noticia de Jesús, el Cristo, Hijo de Dios* (cf. Mc 1, 1). Este oficial romano constituye, pues, la primicia de la fe de los pueblos paganos. Y expresa nuestra fe, la fe de todos los cristianos de todas partes: aquel crucificado es *el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios*.

Este hombre que ha dado la vida en la cruz se ha solidarizado con el sufrimiento de toda la humanidad y se ha hecho compañero y sostén de todo sufrimiento humano. Contemplándolo en su pasión este domingo, nos sentimos profundamente amados por él. Y queremos acoger el modelo que nos ofrece de amar y de perdonar generosamente. Sabemos que, con sus sufrimientos hasta el *fuerte grito* de la muerte, borra nuestros pecados, nos acerca a Dios Padre, nos invita a tener confianza en él y nos abre las puertas de la vida para siempre. Mirémoslo con ojos de compasión y de agradecimiento para que sea curación para nuestras heridas y nos conceda saborear la salvación que nos otorga.

Este hombre crucificado es aquel que todos, de una manera u otra, buscamos, cada uno por sus caminos, según sus experiencias, a partir de los senderos de la propia vida, con más luz o más a tientas. Todos buscamos lo que Jesús es. Lo que Jesús nos aporta. San Marcos destaca en todo su evangelio que Jesús no se impuso nunca durante su vida mortal, fue siempre un *Mesías* escondido, uno más entre los otros, pero trabajando siempre a favor de la persona humana, curando, liberando, dando vida. Tampoco hoy, en nuestros días, Jesús no se impone, no se sienta entre los poderosos, no ocupa los primeros lugares en las pantallas y en las redes. Pero, también hoy, es amorosamente cercano a quien sufre; también hoy trabaja a favor de cada persona humana, a favor de la justicia y de la fraternidad entre todos. Por eso los

que hemos descubierto el secreto de Jesús clavado en la cruz, lo hemos de anunciar a nuestros contemporáneos.

La sociedad actual está saturada de falsos "mesías" que prometen el bienestar, la paz y la felicidad pero no son capaces de cumplir estas promesas. La humanidad, toma globalmente, no ha encontrado aún el Mesías auténtico; continúa buscándolo, a veces allí donde no se le puede encontrar. Y, desgraciadamente, muchos que lo habían conocido en el mundo occidental, lo han olvidado. Sin embargo, él está en medio de la humanidad, imperceptible pero con fuerza para dinamizar a las personas y a los pueblos que se dejan interpelar por su Palabra. Por eso la tarea de la Iglesia es extremadamente urgente. Ella es portadora de Cristo en medio del mundo. Portadora de Cristo y los valores de su Evangelio; a pesar de la fragilidad de sus miembros, es portadora de esperanza, de justicia, de perdón, de abnegación, de amor fraterno. Nosotros, creyentes, que hoy contemplamos a Jesucristo crucificado, tenemos la responsabilidad de anunciar la fe en él, como *el centurión* del Evangelio. Todos tenemos que hacer que las palabras "*este hombre es el Mesías, el Hijo de Dios*" resuenen también en nuestros días y puedan ser escuchadas por el mayor número posible de nuestros conciudadanos. En una sociedad, que vive en un clima de insatisfacción, de incertidumbre ante el futuro, de empobrecimiento creciente, de preocupación por el aumento de la violencia,... tenemos que anunciar la Buena Nueva del amor inquebrantable de Dios por cada persona y por el conjunto de la humanidad, sellado -ese amor- por la cruz de Jesús. La contemplación del Crucificado nos cura el corazón, nos libera, nos llama a no sucumbir en la tentación y nos ofrece la fuerza espiritual para luchar solidariamente y con paciencia para construir una sociedad nueva que supere las limitaciones y las injusticias de la actual. La contemplación del Crucificado nos enseña, también, a considerar el drama de la muerte humana desde la perspectiva de la esperanza en el reino de los cielos y, por tanto, a creer que la podremos superar como él lo ha hecho.

Mientras agradecemos tanta bondad y recibimos el fruto en el sacramento eucarístico, nos sentimos alentados a vivir más intensamente la fe en el Crucificado, él que vive para siempre.